



INTERVENCION DE ANDRES ALLAMAND EN LA CEREMONIA DE ENTREGA  
DEL "PREMIO INTERNACIONAL DE LA DEMOCRACIA 1993", CONFERIDO A S.E.  
PATRICIO AYLWIN AZOCAR

Es un motivo de honor intervenir en esta ceremonia en que el "Center For Democracy" otorga el "Premio Internacional de la Democracia" a S.E. el Presidente de Chile, don Patricio Aylwin Azócar, para "honrar la figura de un mandatario y hacer justicia a todo un pueblo que se ha caracterizado por un anhelo de perfeccionamiento y de continuo esfuerzo para lograr un sistema permanente de vida democrática".

En verdad, este es un premio además de merecido, oportuno. Hay algo absurdo e inexplicable en el carácter nacional que nos inhibe para reconocer los méritos a quienes se los merecen mientras están de cuerpo presente, y, sin embargo, nos resulta natural esperar que ya no lo estén para expresarles nuestro reconocimiento y gratitud.

Esta es una ocasión para reconocer ahora los méritos del Presidente Aylwin. Y el hecho de que quien los reconozca sea un opositor, demuestra que una transformación profunda ha tenido lugar en nuestro país.

El Presidente de la República ha conducido con singular acierto un proceso notable de reencuentro y redescubrimiento de la esencia de la democracia, que ha involucrado y comprometido a todos los sectores de la vida nacional.

Durante demasiado tiempo -hasta su drámatico derrumbe hace dos décadas- la democracia en nuestro país fue paulatinamente transformándose en un ámbito en que sólo tenían cabida la expresión de los antagonismos y la exacerbación ilimitada de los conflictos.

En estos últimos años, tal tendencia ha sido primero, revertida y luego reemplazada. En esta nueva etapa la democracia es comprendida como un espacio abierto para la convergencia. Hoy en día todo el mundo sabe que la democracia se

vitaliza con la riqueza de las diferencias, pero se nutre y se proyecta hacia adelante con la solidez de los acuerdos.

Algunos van a querer buscar el legado histórico de la acción del Presidente Aylwin en la innegable destreza con que condujo la transición; en la prudencia y el carácter que tuvo para administrar las tensiones propias del cambio de un régimen autoritario a uno democrático, y en su visión para rescatar y preservar los elementos más valiosos de la transformación económica y social gestada durante el gobierno anterior. Y esa forma de razonar, sin duda correcta pero incompleta, puede conducir a enfatizar sólo los resultados materiales tangibles de su gestión.

Y yo quiero ir más lejos. Los grandes políticos son aquellos capaces de descubrir y sintonizar con el sentido de los tiempos; los estadistas son aquellos capaces de imprimir un nuevo espíritu a los tiempos. Y ese es, a mi juicio, el legado más importante de la gestión del Presidente Aylwin.

La democracia en Chile tiene un nuevo espíritu, que se expresa en que nadie pretende ser titular de verdades absolutas; nadie tiene la arrogancia de suponer que hay que partir cada vez de cero; nadie está dispuesto a desconocer que en los fracasos del pasado hay culpabilidades compartidas y en los éxitos del presente hay aportes de todos; nadie se atrevería a justificar las trasgresiones a los derechos de las personas, invocando quiméricas utopías revolucionarias o falsas razones de Estado; nadie admite perpetuar grados de pobreza que hieren la conciencia colectiva. Nadie piensa que el futuro pueda construirse apoyado en la alegría de unos en contraste con la tristeza de otros, nadie imagina que el destino superior que anhelamos para Chile pueda cimentarse en la desconfianza, en la beligerancia esteril o en el descrédito de los adversarios.

Y por eso estoy seguro que el legado del Presidente Aylwin no es simplemente material. El es el principal artífice y responsable de que nuestra democracia tenga un alma renovada. El Presidente Aylwin, como Jefe de Estado, tiene la personería para representar a todos los chilenos, y en el ejercicio de la misma recibe hoy un homenaje que nos alcanza a todos: a los partidos políticos de gobierno y oposición, a las Fuerzas Armadas y de Orden, a las organizaciones gremiales y

sindicales, en fin a cada uno de los ciudadanos que han estado a la altura de sus responsabilidades en una coyuntura trascendente para el porvenir de Chile.

El resurgimiento de la democracia chilena tiene lugar en una etapa en que nuevos peligros la amenazan. Hasta ayer, el mayor peligro para las democracias se encontraba fuera de ellas. Hoy, lo que es muy grave, los peligros para la democracia emanan de su propio interior: la corrupción, el ejercicio deshonesto del poder, la falta de ideales, el pragmatismo que anula los contenidos éticos y la falta de austeridad son algunos de sus nuevos agresores.

Y contra ellos el único antídoto eficaz se encuentra en la conducta de los hombres públicos. En este campo el Presidente Aylwin deja también un enorme legado moral. Sus actuaciones han reivindicado los valores de la política. Hay grandeza cuando se ejerce el poder al servicio de los demás y especialmente de aquellos que más lo necesitan. Hay grandeza cuando se dedica la existencia a la función pública. Hay grandeza, sobre todo, cuando la propia vida es un testimonio de adhesión a los valores e ideales que se profesan.

Se garantiza el futuro de la democracia cuando los actos de los gobernantes están orientados por la consecuencia, la honorabilidad, los principios, la austeridad, la capacidad de sobreponerse a los fracasos y la perseverancia para no desmayar en los caminos del bien común.

La búsqueda de la democracia es hoy una aspiración universal. Es la idea fuerza que orienta los pasos de las naciones que se encuentran en las más variadas latitudes. Este acto del "Center for Democracy" es un reconocimiento a la forma en que Chile y uno de sus mejores hombres ha cumplido con la historia.

Santiago, 10 de enero de 1994.